



número 3
año I

GAZETA DEL SALTILLO

tercera época
marzo de 2014

ÓRGANO DE DIFUSIÓN DEL ARCHIVO MUNICIPAL DE SALTILLO

ESTRENADORES VS CONSERVADORES

Salvador Novo

Una de las más deplorables características de nuestra época es la de no permitírnos gozar íntegramente de ninguna cosa, persona, ni situación. Apenas adquirida, un nuevo modelo con mayores ventajas viene a tentar nuestra mutable ambición y nos incita a abandonar el no agotado placer de un idilio de un coche, de una corbata, de una casa, trocándolos por aquel que ostenta la novedad de convertirse en cama mediante un *click* artrítico de su asiento trasero; por aquella dotada de clima artificial, o riel de seda, o líneas mejores. La producción en serie nos arrebató bruscamente un afecto que apenas empezaba a fructificar en el ajuste tibio de nuestra persona, nos quita de las manos el juguete y nos deja ante el enigma de uno nuevo, frío, cuyas luces no sabemos bien cómo se encienden, cuyo *clutch* no obedece a nuestra anterior coordinación motriz — y vuelta a adaptarnos, para que unos meses después el fenómeno se repita.

Las gentes tenían su piano, sus muebles, su mujer, su caballo — y les duraban todo el tiempo que sus nimios cuidados se encargaban de prolongar. En una verdadera “calidad” (que la publicidad moderna ha despojado de todo sentido como palabra) ponían nuestros antepasados un empeño inicial al elegir aquellos objetos de uso diario y moderado de que rodeaban su pacífica vida. No había el riesgo de que un cambio de líneas en la corriente de unas modas lenta, orgánicamente evolucionadas y circunscritas a la ropa, les dejara súbitamente anticuada a su señora, ni a la cama en que dormían con su señora.

Pero ahí tiene usted nada más que se inventan las máquinas. El líder o el libro más a mano le pueden explicar a usted todas las terribles implicaciones de la Revolución Industrial para una clase productora que bajo el feudalismo mantuvo el privilegio de su tallerito privado, en el que hacía a mano

las cosas, las hacía bonitas y buenas, lograba desarrollar un valioso amor por su oficio, era llamado “maestro” y no había caído, hasta que aparecieron las máquinas, bajo la férula del “maestro” de un taller colectivo y ajeno al que ya no la vocación, sino el hambre, lo forzaba a ingresar.

Y cualquiera que sea el resultado final de la lucha de clases, tanto quienes ahora las poseen como quienes las manejan ahora; quienes mañana las administren y las hagan funcionar, tendrían la culpa de que las máquinas hayan destruido en el hombre el sentido de lo perdurable.

Las divorciadas, los automóviles, los trajes y los zapatos quedan en tan buen estado de uso cuando los abandonamos por los del último modelo, que sería insensato destruirlos por el simple hecho de que a nosotros ya no nos sirven.

Coleccionistas y anticuarios escapan a este amplio grupo de compradores de cosas de segunda mano, porque lo que ellos buscan son libros, cuadros, objetos de arte: es decir, cosas que nos sirven para nada.

Puestos a ver quién gana, con un impulso uniformemente acelerado, hombres y máquinas compiten en superar, éstas, su producción de novedades superfluas; aquéllos, su capacidad de consumirlas conforme aparecen en el mercado.

La justicia inmanente conspira contra el afán destructor de los estrenadores y se muestra fiel aliada de los amantes de lo usado. Son éstos — sensatos, conservadores — quienes desdeñan la efímera flor y aguardan el sazonado fruto.

Tomado de “En defensa de lo usado” de Salvador Novo en José Luis Martínez, *El ensayo mexicano moderno II*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984 (Letras Mexicanas), pp. 131-137.

UN DISCO DE AGUSTÍN (PERO NO LARA)

La presentación de esta obra suscitaba las siguientes interrogantes: ¿Este disco es de Los Tecolines? No. Es de José Agustín (no se alarmen: no canta). ¿Estaría presente José Agustín? Tampoco. A mí que me esculquen. Ni yo sabía si iba a venir o no. “¿Un disco de Agustín?”, me dijeron, pero no de Agustín Lara. Cuando me propusieron presentar el disco de José Agustín, *Dos horas de sombras*, lo primero que me pregunté fue qué era eso; lo segundo, cómo íbamos a presentarlo y, lo tercero y más angustiante, fue preguntarme por qué me tocó a mí. /EL EDITOR.



Administración Municipal
2014-2017

PRESIDENTE MUNICIPAL

ISIDRO LÓPEZ VILLARREAL

**SECRETARIO DEL
AYUNTAMIENTO**

MARÍA ALICIA GARCÍA NARRO

TESORERO MUNICIPAL

ADRIÁN ORTIZ GÁMEZ

**DIRECTORA DEL
ARCHIVO MUNICIPAL**

OLIVIA STROZZI GALINDO

EDITOR

JESÚS DE LEÓN MONTALVO



Gazeta del Saltillo tiene los derechos reservados sobre los materiales que aparecen en sus páginas. Se aceptan colaboraciones, sujetas a revisión. La correspondencia deberá enviarse a Gazeta del Saltillo, Juárez y Leona Vicario, C.P. 25000, Tel. 414-43-70, Fax.4 14-02-84. Saltillo, Coahuila, México. Correo electrónico: gazeta_delsalttillo@yahoo.com.mx Abreviaturas usadas: AMS.- Archivo Municipal de Saltillo, AC.- Actas de Cabildo, c.- Caja, e.- Expediente, L.- Libro, f.- Foja, A y D.- Adquisiciones y Donaciones, T.- Testamentos, PM.- Presidencia Municipal, P.- Protocolos, PO.- Periódico Oficial. Publicación gratuita. Certificado de licitud de título No. 5898. Certificado de licitud de contenido No. 4563. Visítenos en <http://www.archivomunicipaldesalttillo.gob.mx> Diagramación: Sandra de la Cruz González. Responsable de la publicación por internet: Iván Vartan Muñoz Cotera.

UNA FUERZA EXTRAÑA, ANCESTRAL Y PERSONAL

Olivia Strozzi

Más allá de la invitación que me hizo el alcalde para trabajar en el Archivo Municipal y de mis razones conscientes para aceptar el compromiso y la oportunidad de servir a la comunidad, abrigo la idea que una fuerza extraña, ancestral y personal me trajo hasta aquí. Ésta tiene que ver con limpiar, escombrar, sacar a la luz sucesos de mi historia personal y familiar que ya contaré más tarde.

Al explorar los acervos históricos, encuentro tal cantidad de documentos como actas de cabildo desde 1608, testamentos, recibos de tesorería, fotografías, mapas, postales, censos: todos estos vestigios dejan huella de los afanes de hombres y mujeres que habitaron este territorio en diferentes épocas.

Además de todo lo que se resguarda en un archivo, descubro en los diferentes espacios del edificio un sinnúmero de objetos de lo más extraño e inesperado y, en la mayoría de los casos, nadie sabe cómo llegaron aquí. En una labor cuasi arqueológica de remoción de escombros en las bodegas, emergieron una gran cantidad de objetos inauditos. Éstos posiblemente fueron entregados al archivo con la idea de que aquí estarían resguardados y blindados contra el inexorable paso del tiempo o quizá no encontraron un mejor lugar para ellos.

Algunos de estos objetos, que en una época fueron útiles o valiosos, se han vuelto viejos y obsoletos. Otros, a pesar del polvo y del olvido, ganaron un cierto valor histórico; otros sirven para hacer historias urbanas, leyendas y chismes. Entre los objetos descubiertos en polvorientos baúles, cajas de cartón y bolsas de plástico, encontramos algunos un tanto nostálgicos como un vestido de novia, una blusa exquisitamente bordada, una armadura, pañuelos, los calcetines de un señor de alcurnia.

Están los más comunes: sillas, bancos, palas, máquinas de escribir, calentadores, maniqués, una pistola de hojalata, un tren y una estufa de juguete, una estatua de Napoleón en decadencia y hasta un poster tamaño natural de Luciano Pavarotti. Otros son un tanto lúgubres: una muñeca desmembrada, un pequeño frasco de estricnina que podría matar a varios cristianos y dos calaveras.

Ahora, después de este descubrimiento, es necesario restituir la dignidad a estos cientos de objetos olvidados: limpiarlos, aceitarlos, devolverlos y, en algunos casos, enterrarlos y dar las gracias por su utilidad en otro momento y honrar la memoria de sus poseedores.

En cuanto a mi historia personal, ocurrió que en el mismo día me llegaron noticias y algunas fotografías sobre cuatro de mis ocho bisabuelos que tenía perdidos y olvidados y que había estado buscando desde hace varios años.

La hora del cronista

EL LENGUAJE DE LOS CARACOLES

Miguel Alessio Robles

Varias horas caminaba don Baldomero por las calles del Saltillo. No apartaba su vista del firmamento color de zafir. Pero, de cuando en cuando, se detenía frente a las ventanas de las casas y metía sus manos por las rejas para mover aquellos caracoles colocados en los alféizares en determinada postura. ¿Qué manía de estas gentes del Saltillo —decía don Baldomero con cierto enojo— en no colocar los caracoles de tal manera que puedan lucir el delicado tinte rosado de sus conchas? Él se entretenía en irlos colocando, ventana por ventana, de tal manera que pudieran lucir el esplendor y la finura de sus tintes. No sabía don Baldomero que esos caracoles tenían un lenguaje especial y extraño a la vez. Las novias los colocaban de determinada manera y, al pasar el galán frente a la casa de la mujer amada, sabía si esa noche podía él acudir a la cita para charlar con ella; si saldría esa noche a la serenata o acudiría a un baile; sabía si estaba contenta o enojada. Al pasar una mañana frente a la casa de Margarita de León, se le antojó a don Baldomero cambiar el caracol de posición. El novio de ella, Pedro Rodríguez, vió poco después que el caracol según ese peregrino lenguaje, quería decir que no acudiera esa noche a la reja de la ventana como era la costumbre diaria, después de la cena hasta las once, hora en que los serenos dejan oír sus agudos silbatos, que poéticamente resuenan en la absoluta tranquilidad de aquellas callejuelas torcidas y oscuras, y no acudió, a pesar de su dolor y su pena. Esa noche no pudo dormir el enamorado caballero. Todo sueño huyó de sus párpados. Las punzantes interrogaciones taladraban sus sienas. Al día siguiente asistió a la cita. Hubo querellas y lágrimas porque no habían podido platicarla noche anterior, como era su costumbre.

—Yo no tuve la culpa —dijo Margarita—; pero ya que se presenta la oportunidad, es indispensable que te diga que hace cinco años platicamos noche tras noche en esta misma ventana y tú no das pasos formales. Te doy de plazo hasta el día último del año para realizar nuestro matrimonio.

Noche tras noche continuaron, como de costumbre, platicando en la reja de la ventana. Pero llegó la ansiada noche del último año. Repicaron las campanas de la Catedral, de la Iglesia del Señor de la Capilla, de San Juan, de San Esteban, de San Francisco, del Santuario. Los silbatos de las fábricas dejaron oír sus notas agudas y penetrantes. Los gritos y los cánticos se escu-

chaban por todas partes. El galán no dijo una palabra de matrimonio. El plazo se había cumplido. Entonces Margarita, al acabar los vibrantes repiques de las torres de las iglesias, le dijo a su novio de una manera sencilla y terminante:

—Todo ha terminado entre nosotros, pues ya no puedo seguir perdiendo mi tiempo.

Cerró la ventana y no volvió a salir jamás a platicar con su tardío y engorroso novio.

Tres meses después, cortejaba a Margarita el general Miguel Álvarez, que es un cumplido y valiente caballero. Pronto se unieron en matrimonio. Ella, como dijo el poeta, estaba “hecha como paloma para el nido / y él, como el león para el combate”, y formaron un hogar dichoso y feliz, como se dice en las novelas.

Con esa rara manía, que había adquirido don Baldomero, de ir de alféizar en alféizar, colocando los caracoles a su gusto y antojo, acabó con ese lenguaje, mudo y elocuente al mismo tiempo, que empleaban los novios para concertar citas de amor y mostrar sus diversos estados de ánimo. Esos caracoles eran como el espejo de un lago, que reflejan en su seno las nubes y los matices del ciclo.

¡Qué revuelo armó en Saltillo esa ingenua manía de don Baldomero! Ni siquiera se imaginaba los trastornos y enojos que producía. Grande fue su sorpresa al saberlo.

Una tarde estaba don Baldomero sentado en la Plaza de Armas charlando con “El Señor de las Angustias”, cuando se presentó ante ellos Pepe Salas, locuaz, entusiasta, lleno de pasión, y comenzó a comentar el asunto de los caracoles, creyendo que eran los traviosos muchachos los que entretenían en mover los caracoles en los alféizares de las ventanas.

El pobre “Señor de las Angustias” ponía su cara más afligida que de costumbre. Bien sabía él que era don Baldomero el autor involuntario de esos trastornos y enojos. Un color se le iba y otro se le venía. Estaba apenado y mortificado. Desde entonces, don Baldomero dejó en su sitio los caracoles. En el sitio en que los colocaban las manos delicadas de las novias. No volvió a moverlos jamás en medio del beneplácito de los jóvenes apasionados.

Cada vez que pasaba don Baldomero frente a una ventana y veía los rosados caracoles, un suave rubor encendía sus mejillas.

ORGULLOSOS DE NUESTRA MATRIA

Priscila Levigail Méndez Padilla

Los escritores creen que después de la primera presentación, sus obras se venderán como cerveza en sábado por la noche. Llegan a su casa y se duermen con la idea de que, en una semana o dos, cada saltillense ya tendrá un ejemplar de su libro. Y así despiertan día con día, creyendo que un tiraje de 5 mil hubiera sido mejor que uno de mil.

Si supieran que los únicos que adquieren esas obras son sus familiares (sólo los más cercanos y por compromiso) y algún curioso; sumando con esto una cantidad de 25 obras y, si bien le ha ido, 100 vendidas. Los otros libros que restan y ya nadie quiere adquirir pasan al rincón de una institución. Ahí una mano cierra la puerta de la bodega, asegura el candado y aprieta las llaves, cuidándolos de cualquier intruso. La luz para esas obras deja de existir y no son ojos los que las devoran, sino el polvo. Pueden pasar cinco, diez, quince, hasta treinta años encerrados. Protegidos como la piedra filosofal en Harry Potter. ¿Y los escritores? Bueno, ellos escribiendo su próxima creación: “Tendrá tanto éxito como la anterior”, se dicen a sí mismos.

¿Qué problemas generan estos libros? En primer lugar, el espacio que ocupan genera un costo; si se rentara una bodega con esas dimensiones cada año (recordemos que hay algunos títulos desde hace 30 años o más), la inversión en ellos no sería solamente la de imprimirlos, sino la de embodegarlos. Podrían venderse como papel reciclable, pero la gente pegaría el grito en cielo, porque no dejan de ser objetos de cultura. ¿Y quemarlos? Uf, mejor ni mencionarlo. ¿Qué demonios hacer con esos libros?

“Liberemos el precio de los libros. Los presentamos en las bibliotecas y los vendemos a un costo accesible”. Era una idea que Jesús de León, jefe del departamento de edición del Archivo Municipal de Saltillo, tenía desde hace mucho tiempo, pero nadie le seguía la corriente. Hubo en el 2014 un cambio de administración. Olivia Strozzi, actual directora de dicha institución, dijo: “Tus deseos serán cumplidos”.

Fue una gran casualidad que, en esas mismas fechas, los alumnos de cuarto semestre de la carrera de Letras Españolas tuviéramos el deber de realizar nuestras prácticas profesionales, enfocadas en la difusión cultural. Jesús de León nos invitó a formar parte del proyecto. Aceptamos entusiasmados la invitación. Éste fue el principio de una gran tarea a la que nos comprometimos.

Lo primero que hizo el editor fue ponernos a leer un texto de Luis González y González para que entendiéramos la diferencia entre patria y patria. La primera se refiere a sentirse orgullosos de ser mexicanos, de ser iguales todos: los del sur, del centro, del norte; de esta manera, compartimos una misma Historia, la que se escribe con inicial mayúscula y fue hecha por los vencedores; la que nos llega desde el centro del país. En cambio, el término patria nos dice que sí somos mexicanos, pero no por eso somos iguales; ni siquiera entre nortños tenemos las mismas costumbres, ¿cómo vamos a ser iguales a los del sur o a los del centro? Cada región es única y tiene su propia historia, aquella que hace la gente común: la que no está registrada en los libros, pero sí en las tradiciones, el léxico, las viviendas, las costumbres, la comida, etcétera. Podría decirse que los mexicanos tenemos un padre, pero somos de diferente madre. No somos iguales. Entendimos los conceptos; nunca nos habíamos sentido tan orgullosos de ser saltillenses, hasta ese momento.

¿Por qué Jesús de León compartió esto con nosotros? Porque los libros embodegados que íbamos a presentar eran cien por ciento matrióticos, contaban la historia de toda la región sureste de Coahuila, desde la fundación de Saltillo hasta la industrialización. Libros sobre personajes populares, como Adrián, el loco que se la pasaba en Plaza de Armas y se autoproclamaba presidente de la República; o de Letonita, un maestro del Ateneo quien aconsejaba a sus alumnos que se suicidaran, para poder publicar la noticia en su periódico. Después de ser inyectados por el editor de ese orgullo regional, quisimos que las personas de Saltillo, Arteaga, Ramos Arizpe, General Cepeda y Parras sintieran lo mismo.

“Nuestra historia sale del Archivo” fue el nombre que se le puso a esta tarea. Y el precio de los libros sería de 30 pesos. Una vez escrita y corregida la presentación, la ensayamos hasta el día esperado. Visitamos las bibliotecas de la región sureste, empezando por las de Arteaga y sus ejidos: Mesa de las Tablas, El Tunal, Huachichil, Bella Unión y la cabecera municipal. En un día recorrimos estas comunidades. Comimos en San Antonio de las Alazanas y nos echamos una cheve en Huachichil, sin olvidar que en Mesa de las Tablas tuvimos el placer de probar unas exquisitas tortillas de harina.



Pase a la página 5

ORGULLOSOS DE NUESTRA MATRIA

Viene de la página 4 

Al día siguiente, cada uno visitamos de dos a tres bibliotecas en Saltillo. Los estudiantes de secundaria parecían estar interesados en los libros, a pesar de que algunas bibliotecarias se pusieron en mal plan. En Saltillo fue el día más pesado. El equipo se reunió en “Los Compadres” para comer y contar las experiencias. Claro que después de un día tan estresado teníamos que relajarnos. Decidimos ir a un bar de la ciudad.

Al otro día enfilamos rumbo a Ramos Arizpe. Visitamos las siete bibliotecas del municipio. En Paredón el entusiasmo e interés de la gente fueron los más grandes y mejores. Había niños participando de manera oportuna y arrebatando los libros para hojearlos: muchachos y adultos atentos. La biblioteca se llenó y había gente afuera escuchando la presentación, estirando la cabeza para alcanzar a ver algún libro. Decidimos visitar la famosa cantina “7 leguas”, en honor al caballo de Pancho Villa: el lugar en sí es todo un tributo a este revolucionario. Mientras bebíamos cerveza, escuchamos las interesantes historias del cantinero.

Comimos en las “Termas de Don Joaquín”, que se encuentran en lo más alucinante del desierto coahuilense. Visitamos los balnearios y poco faltó para que nos sumergiéramos en sus aguas, pero no llevábamos traje de baño.

El último viaje que realizamos fue a General Cepeda y, de ahí, a Parras. Todo en el mismo día. A éste nos acompañó la directora del Archivo. En la biblioteca de General Cepeda, contamos con la presencia de Sofía Ochoa, ex alcaldesa del lugar y activista, quien ha ganado importantes batallas en beneficio de su lugar de origen, como evitar que los gringos convirtieran en tiradero de chatarra nuestro desierto. No desaprovechamos la oportunidad de comprar los deliciosos quesos que producen los pateños.

En Parras de la Fuente visitamos Casa Madero, donde algo aprendimos acerca de la elaboración de vinos, su historia y demás. Antes de ir a la biblioteca, comimos en la casa de la señora Rosy, ganadora del primer lugar de paella el año pasado, quien nos recibió de la mejor manera y nos sentimos como en casa. En la biblioteca de Parras fue donde más libros se vendieron, apenas acabamos la presentación y los espectadores ya tenían en sus manos dos o tres ejemplares que querían adquirir, sobretodo los títulos que hablan acerca de ese municipio.

Así concluyó nuestra tarea: un editor, seguido de seis estudiantes de Letras, promovió los libros que, debido a la genialidad y el olvido de sus propios autores, se embodegan y no se venden.

EL DIABLITO

VELOCÍPEDO DEL FERROCARRIL COAHUILA Y ZACATECAS

Marco A. Gonzalez Galindo



Velocípedo «El Diablito» del Ferrocarril Coahuila y Zacatecas, en exhibición en el Archivo Municipal de Saltillo. Foto de la Colección de Marco A. Gonzalez Galindo.

En el Archivo Municipal de Saltillo se encuentra un simpático y bonito artefacto en muy buen estado, a pesar de tener más de 100 años; perteneció y dio servicio en el Ferrocarril Coahuila y Zacatecas. Se trata de un velocípedo que es un artefacto impulsado por sus pasajeros, a través de una palanca de balancín con una mancera doble y estribos que permiten que sean accionadas por dos personas; se conecta a una biela, convirtiendo el movimiento lineal en circular, ya que impulsa a un engrane y éste, a su vez, a un engrane reductor conectado a la rueda. El impulso así obtenido permite el desplazamiento de este singular vehículo sobre las vías del ferrocarril.

Tiene una palanca al lado derecho del operador, que acciona el freno. Su construcción es muy simple. Cuenta con tres asientos para los respectivos operarios y artefactos adicionales como los estribos. Sobresalen las manceras para levantar al ligero vehículo permitiendo quitar o poner al velocípedo sobre las vías.

Su bastidor es de recia madera, muy bien terminada; le falta la plataforma para la herramienta, aunque es posible que las partes como el bastidor, la rueda y la plataforma se encuentren en las bodegas del Archivo.

Estos vehículos se utilizaban para inspección y mantenimiento de las vías férreas y de líneas telegráficas; en algunas ocasiones, para el traslado de personal. No recorrían grandes distancias ya que, aunque eran ligeros, a la larga eran de operación cansada, por requerirse un gran esfuerzo para efectuar su desplazamiento.

Gracias a su bajo peso y pequeño tamaño, se pueden poner dentro y fuera de las vías rápidamente y sin dificultad, para permitir el paso de los trenes.

USO Y DESUSO DE LAS COSAS

Jesús de León

En los caracoles de las ventanas del barrio el mar se silenció.

—Ignacio Betancourt.

“De cómo Guadalupe bajó a La Montaña y todo lo demás”.

¿Y esto para qué servía?

Cuando hablamos de objetos, pensamos también en su utilización en los diferentes espacios de la casa: el espacio social, el íntimo y el de los servicios. También la evolución de esos objetos refleja las sucesivas influencias culturales que ha tenido la región. Primero tenemos la entrada de la casa. Antigüamente Saltillo no estaba pavimentado. Había lodo y estiércol en las calles. Antes de pasar al interior había tapetes para que el visitante pudiera quitarse el polvo de los zapatos. Después se le invitaba a pasar.

Si la casa tenía influencia de cultura inglesa, contaba con un recibidor para atender y conversar con las visitas; pero si no, al visitante se le pasaba directamente al cuarto del dueño de la casa donde éste podría presumirle su colección de pistolas o llevarlo hasta la cocina y servirle una taza de café. Podían sacar dos sillas al patio o al zaguán y conversar sobre el estado del tiempo.

En cambio, si el señor de la casa quería sentirse hombre de mundo, presumía su influencia de la cultura francesa y de que tenía un piano, aunque no lo tocara, así como también presumía las lámparas, el fonógrafo y que había cambiado la vieja castaña del abuelo por un chifonier elegante o que poseía una tina de baño con regadera en lugar de bañarse con agua de pozo a jicarazos. Todas estas adquisiciones se celebraban destapando una botella de champaña, aunque el tapón saliera disparado directamente a las narices del invitado.

¿Por qué ya no hacemos cajeta?

Muchos utensilios prácticos nos vienen de la cultura inglesa y norteamericana. Hablemos de todo lo que nos llegó con el ferrocarril. Primero que nada, las armas de fuego; a continuación, la maquinaria industrial y, ya hablando en términos más domésticos, los primeros productos manufacturados hechos en serie que venían del otro lado de la frontera o más allá del mar.

Una parte de la casa que resintió la llegada

de los nuevos utensilios fue la cocina. Ahora es muy común ver en las casas las llamadas cocinas integrales que, bien lo sabemos, son un concepto anglosajón. Tal vez pocos recuerdan cómo era originalmente una cocina saltillense. Con el garabato para la carne, el cazo de cobre colgado de la pared, la pala para menear la cajeta y los moldes de madera para vaciarla; los nichos para las conservas, las estufas de leña, esos armatostes de metal que reemplazaron a las chimeneas hechas de material que prácticamente formaban parte de la construcción. Por eso, al menos durante mucho tiempo, no pude admitir la idea de tener un horno de microondas.

A mí me pasó lo contrario que a mucha gente de Saltillo. Nunca me he avergonzado de confesar que descendo de gente del campo. No sé por qué hubo una época en la que muchos saltillenses hicieron todo lo posible por borrar cualquier vestigio rural de sus casas y lo primero que hicieron fue sacar el cazo de cobre y comenzar a comprar la cajeta y las conservas en el súper. ¿Dónde quedó el dicho de que en Saltillo el que no es poeta hace cajeta? La verdad, no sé cómo haya afectado este cambio de costumbres la calidad de la cajeta saltillense, pero si me preguntan por los poetas locales...

Caracoles y bacinicas

Para no ser demasiado exhaustivo, quisiera ocuparme de una cosa más: los caracoles marinos en las ventanas. ¿Por qué caracoles en las ventanas de las viejas casas saltillenses? Miguel Alessio Robles explica en su libro *Perfiles de Saltillo* (Editorial Cvltvra, México, 1937), que los enamorados se valían de estos caracoles para enviarse mensajes. Si el caracol estaba colocado boca arriba significaba: “Hoy no puedo, porque aquí está mi mamá”; si estaba boca abajo quería decir. “Nos vemos al rato en el Callejón del Beso” (ustedes saben, aquella callecita



Pase a la página 7

USO Y DESUSO DE LAS COSAS

Viene de la página 6 

que está por rumbo del Mirador); si el caracol, en lugar de estar vacío, estaba ocupado por un molusco, significaba –supongo– que la novia le estaba siendo infiel al novio. ¿Por qué? Porque tenía un baboso adentro. Esto último no lo consiguió Alessio Robles y, si lo digo, es para salvarme de la acostumbrada miel que tiene el tema de los enamorados.

¿Por qué un caracol de adorno? ¿Por qué esa nostalgia del mar en medio del peladero? No parece un adorno. Parece algo olvidado. Tan simple, tan calcáreo. Lo prefiero a todas las figuras de porcelana o de cristal cortado o de plástico (en el peor de los casos) que las actuales familias saltillenses acostumbran poner en sus ventanas: perritos de porcelana, gatitos de cerámica, cochecitos de juguete, elefantitos de cristal cortado, figuras de plástico de Michael Jackson, el Chapulín Colorado y Ronald Mc Donald o, en el colmo de lo pintoresco, esa bacínica en miniatura sin vaciar que ostenta la relajante leyenda “Pura vida”.

Se habla del valor documental de escritos o fotografías, pero no se explora del mismo modo el valor histórico-documental de los objetos que han caído en desuso y que, por sí mismos, nos hablan de un manejo muy diferente del tiempo y del espacio donde se desarrollaba la vida cotidiana, que también merece ser digna de la atención de los historiadores.

Marx, Freud y La última cena

Si hacemos un repaso de todos los factores que hemos mencionado como proclives de servir a una historia de la vida cotidiana, descubriremos que esta intimidad tiene también su dimensión épica. No sólo las naciones han luchado por defender su espacio y reclamar su autonomía con respecto a otros pueblos. Cada uno de nosotros ha construido y amueblado su casa con el propósito, consciente o inconsciente, de defendernos contra algo. Así como en los castillos medievales existía un salón donde se exhibían los escudos de armas, basta con ver las paredes de la sala o del recibidor para saber qué es lo que defiende o qué es lo que combate el dueño de la casa. Podemos encontrar la enésima reproducción de *La última cena* o de un *Sagrado Corazón de Jesús* o bien un aparatoso atril de

madera con una enorme y pesada Biblia abierta precisamente en la página donde comienzan las epístolas de San Pablo. En otra sala encontraremos en una pared, enmarcados en oro, los títulos profesionales de los hijos del matrimonio y, en la pared de enfrente, una gigantesca ampliación, pintada a mano, de la fotografía de bodas de la pareja. En la pared intermedia un retrato de grupo: afuera de una fábrica aparece el señor de la casa y dueño de la empresa posando junto a todos sus empleados, vestidos todos con uniforme de futbolistas. Todos, salvo el patrón, claro, que va impecablemente vestido de traje y corbata y sonriendo mefistofélicamente, como si dijera: “Triunfen o pierdan, yo siempre salgo ganando”.

¿Y qué decir de aquellas casas en donde en vez de retratos de familia o imágenes religiosas cuelgan de las paredes reproducciones del Guernica, la Mona Lisa, carteles del Ché, Carlos Marx, Freud o, incluso, la efigie de cuerpo completo de Jim Morrison con el torso desnudo? ¡Olvídense de *La última cena*! En lugares como éstos puede hallarse hasta una reproducción del célebre cuadro *Saturno devorando a sus hijos*, de Francisco de Goya, y no necesariamente en el comedor.

A mí no me pregunten qué he colgado en las paredes. Soy un escritor y vivo en una casa antigua. No es fácil colgar cuadros, aunque tengo en una pared a Marilyn Monroe escurriendo en medio de sus senos una gota de Chanel No. 5. En otra James Dean, con las solapas del abrigo levantadas, camina interminablemente malhumorado en medio de la niebla. ¿Qué definiendo o qué ataco con eso? Nada. Ni definiendo ni ataco. Soy. Habrá a quienes eso les parezca excesivo.

Reflexión a la intemperie

Hemos estado demasiado ocupados en utilizar nuestra intimidad para defendernos de lo que está afuera y creemos que nos amenaza. ¿Por qué no simplemente disfrutar esa intimidad, vivirla, antes de que el río de la historia nos quite algo que pensábamos estaría con nosotros para siempre? ¿Vamos a ponderar nuestra vida cotidiana hasta que se haya convertido en una reliquia obsoleta y las puertas de nuestras casas permanezcan cerradas en vano? Entonces ya no habrá paredes ni techos que resguardar: donde ya no hay adentro ni afuera, dará lo mismo que las puertas estén abiertas o cerradas.

LO QUE SE HALLA EN LOS ALTARES

Y también 1 colateral de talla dorada en el altar mayor con 12 ymagenes de talla grande, y 4 pequeñas de la misma fabrica y una imagen de San Diego en su nicho y sagrario con llave y la imagen de San Francisco que esta en dicho corateral con deadema de platta y la mesa del altar con palió de lustrina con flores de oro frontal punta de plata ara y manteles de Bretaña cruz de madera embutida en marfil, dos blandones de platta de tercia con peso de 10 marcos los dos, y un atril de madera con dos badanas viejas y una rueda con diez campanillas de metal y tres dichas sueltas, un candelero de metal amarillo y su tarima con tapete muy viejo.

Y también el altar del Santo Cristo con su corateral de medio cuerpo nuevo sobredorado con la imagen del señor crucificado con cruz dorada, inrri, de plata corona y clavo de platta sagrario con su viso, una imagen de Santo Cristo Mediano la mesa del altar con frontal, palió, ara manteles atril 2 candeleros de cobre amarillos atril, de madera tharima con su tapetito viejo, para lo qual se quito el corateral viejo. Y también otro dicho de nuestra Señora del Rosario cuya imagen es de talla con media luna y corona de platta, la corona sobre dorada con un niño Jesus que tiene tres potencias de platta en su corateralito de medio cuerpo viejo y la Señora tiene dos Rosarios de corales uno grande y otro mediano vestida la imagen de razo muy usado, en dicho altar esta una imagen de San Miguel de talla, como de media vara con su lienzo de resplandor con su docelito viejo.

AMS, PM, c 39, e 33, 28f.

LAS COSAS

Jorge Luis Borges

El bastón, las monedas, el llavero,
la dócil cerradura, las tardías
notas que no leerán los pocos días
que me quedan, los naipes y el tablero,

un libro y en sus páginas la ajada
violeta, monumento de una tarde
sin duda inolvidable y ya olvidada,
el rojo espejo occidental en que arde

una ilusoria aurora. ¡Cuántas cosas,
limas, umbrales, atlas, copas, clavos,
nos sirven como tácitos esclavos,
ciegas y extrañamente sigilosas!

Durarán más allá de nuestro olvido;
no sabrán nunca que nos hemos ido.



Tomado de Jorge Luis Borges, Nueva antología personal. Editorial Bruguera, Barcelona, 1980 (Club Bruguera 2), p. 53.

¿QUIERE USTED SABER MÁS?
CONSULTE NUESTRA PÁGINA

[www.archivomunicipal
desaltillo.gob.mx](http://www.archivomunicipal
desaltillo.gob.mx)

AGUSTÍN: DEL TEATRO AL DISCO

Aunque estamos ante una reedición con aportación saltillense del CD de "Voz Viva", no existen en este disco indicios de cuándo fue producido y sólo se da a entender a través de un logo que esta nueva edición fue patrocinada por el Instituto Municipal de Cultura. Yo aventuro una hipótesis, que no sé si valga la pena someter a debate: sé que Pedro Moreno (no el insurgente, sino el promotor cultural) fue director del Instituto Municipal de Cultura hará como unos diez años y que Pedrito es un ferviente admirador de José Agustín; además, la foto del disco da testimonio de que Agustín vino a Saltillo a presentar uno de sus libros: se le ve posando afuera del Teatro de la Ciudad "Fernando Soler", cruzado de brazos y con cara de estarse muriendo de frío. / *EL EDITOR*.

SOLÍA ESCRIBIR CON SU DEDO GRANDE EN EL AIRE...

César Vallejo

Solía escribir con su dedo grande en el aire:
“¡Viban los compañeros! Pedro Rojas”,
de Miranda de Ebro, padre y hombre,
marido y hombre, ferroviario y hombre,
padre y más hombre. Pedro y sus dos muertes.

Papel de viento, lo han matado: ¡pasa!
Pluma de carne, lo han matado: ¡pasa!
¡Abisa a todos compañeros pronto!

Palo en el que han colgado su madero,
lo han matado;
¡lo han matado al pie de su dedo grande!
¡Han matado, a la vez, a Pedro, a Rojas!

¡Viban los compañeros
a la cabecera de su aire escrito!
¡Viban con esta b del buitre en las entrañas
de Pedro
y de Rojas, del héroe y del mártir!
Registrándole, muerto, sorprendieronle
en su cuerpo un gran cuerpo, para
el alma del mundo,
y en la chaqueta una cuchara muerta.

Pedro también solía comer
entre las criaturas de su carne, asear, pintar
la mesa y vivir dulcemente
en representación de todo el mundo.
Y esta cuchara anduvo en su chaqueta,
despierto o bien cuando dormía, siempre,
cuchara muerta viva, ella y sus símbolos.
¡Abisa a todos compañeros pronto!
¡Viban los compañeros al pie de esta cuchara
para siempre!

Lo han matado, obligándole a morir
a Pedro, a Rojas, al obrero, al hombre, a aquel
que nació muy niñín, mirando al cielo,
y que luego creció, se puso rojo
y luchó con sus células, sus nos, sus todavía,
sus hambres, sus pedazos.
Lo han matado suavemente

entre el cabello de su mujer, la Juana Vázquez,
a la hora del fuego, al año del balazo
y cuando andaba cerca ya de todo.

Pedro Rojas, así, después de muerto
se levantó, besó su catafalco ensangrentado,
lloró por España
y volvió a escribir con el dedo en el aire:
«¡Viban los compañeros! Pedro Rojas».

Su cadáver estaba lleno de mundo.

César Vallejo, *Obra poética completa*. Departamento de Bellas Artes del Gobierno de Jalisco, Guadalajara, 1976 (Colección Textos Latinoamericanos) pp. 281-283.

EL CHISPAZO MENTAL LLAMADO IMAGEN

Para estas apretadas síntesis, la poesía se vale de las asociaciones de ideas, de las conexiones sensoriales, del chispazo mental llamado imagen que hace brotar en nuestro cerebro la proximidad de algunos términos aparentemente opuestos o cuya relación, de pronto, puede parecer absurda. Así, el terciopelo y la armadura que acabamos de mencionar; o el decir de un muerto glorioso, como también dice Vallejo en su *España, aparta de mí este cáliz*, “te mató la vida y te parió la muerte”; o que en la chaqueta de alguien que ha sido asesinado se encontró “una cuchara muerta”. Naturalmente, una cuchara no puede morir; pero si quien la usaba ha muerto y ella ha perdido su vital oficio de cuchara, si al perderlo ya no es cuchara sino un trasto inútil, bien puede decirse “cuchara muerta”, sin que eso constituya ningún disparate.

Tomado de Mirta Aguirre, *Los caminos poéticos del lenguaje*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1979 (Ensayo 6), pp. 84-85.

HABITACIONES DE ESCRITORES

Michelle Perrot

EL SITIO IDEAL PARA ESCRIBIR

La habitación es, por excelencia, el lugar del pensamiento. La visión matemática, por ejemplo, se ve favorecida por la noche. “Los matemáticos y las matemáticas se enfrentan a un grave problema a la hora de hacer comprender a sus cónyuges que los momentos en los que trabajan más intensamente son aquellos en los que están acostados en la cama en plena oscuridad”,¹ decía Alain Connes.

Pero la habitación también era propicia para la escritura personal, aquella que no necesitaba del recurso a bibliotecas ni a voluminosas carpetas repletas de documentos. Era la escritura de uno mismo, para sí mismo, para los íntimos, una escritura que requería de dispositivos cuya aparente sencillez no era sino el fruto de un refinamiento técnico extremado: mesa, silla, papel, pluma, bolígrafo, y, más adelante, la máquina de escribir, siempre a la espera, desde luego, del ordenador: La soledad y la calma, sobre todo, estaban garantizadas por la puerta cerrada y por la noche, compañeras ambas de los escritores carentes de despacho pero que intentaban acondicionar un rincón de su habitación a tales efectos. Ekaterina Vadkovskaia, una diarista rusa, soñaba con tener un buró propio para escribir en él su diario. Y se lo imaginaba, diseñándolo en su mente, mientras calculaba cuánto dinero le darían el día de su cumpleaños para poder comprarlo: “¡Cuánto habría deseado que me cayera del cielo algún dinero! Tenía un bonito proyecto de buró para mí [...]. Incluso hice un gran número de diseños”.²

Todos los tipos de escritura son apropiados para una habitación, aunque algunos de ellos son, en cierta manera, consustanciales a ella: el diario de un viaje, redactado al término de alguna de sus etapas, o el diario íntimo, las meditaciones, la autobiografía, la correspondencia... En definitiva, esa literatura “personal” que indudablemente requiere de mucha calma y un decidido cara a cara con una página en blanco.

LA ANGUSTIA DE LA HABITACIÓN NUEVA

La experiencia de Proust fue diferente y contradictoria. Aquel hombre angustiado sentía pavor ante los cambios, y, por consiguiente, a toda habitación nueva a la que fuera necesario aclimatarse, un tema que es recurrente en su *En busca del tiempo perdido*. Ya desde las primeras páginas, el narrador hace mención expresa de su ansiedad nocturna: “Es el instante en el que el enfermo que se ha visto obligado a salir de viaje y que ha tenido que acostarse en un hotel desconocido, tras haberse despertado por una crisis, se alegra cuando ve pasar bajo la puerta un rayo de la luz del día. [...]. Yo estaba tan inquieto como si me encontrara en una habitación de un hotel o de un chalet a donde hubiese llegado por primera vez tras bajarme del tren”.³ En Balbec, la primera noche, le resultó totalmente imposible pegar ojo. En la habitación del Gran Hotel todo le era hostil: la altura del techo, las cortinas, las vitrinas de los libreros, “un gran espejo con patas, colocado en mitad de la pieza”, algo que le exasperaba. “Es nuestra atención la que pone los objetos en una habitación y el hábito lo que los retira y nos hace sitio. No había sitio para mí en mi habitación de Balbec (mía de nombre solamente), estaba atestada de cosas que no me conocían...”.⁴

De visita en Doncières, el narrador tiene que abandonar con nostalgia la habitación de oficial, donde Robert de Saint-Loup le había albergado siempre, para hospedarse en un hotel. “Y yo sabía, por anticipado, que, fatalmente, allí iba a encontrarme con la tristeza. Era como un aroma irrespirable que desde mi nacimiento exhalaba para mí toda habitación nueva, es decir, todas las habitaciones...” Felizmente, aquel viejo hotel del siglo XVIII conservaba “un excedente de lujo inutilizable en un hotel moderno”. Su habitación se encontraba al final de una serie de pasillos tortuosos, de escaleras improbables, daba a un patio discreto, tenía muebles antiguos, un buen fuego, una cama con baldaquino y varios recovecos. “Las paredes oprimían la habitación, apartándola del resto del mundo”. Allí, su soledad “permanecía inviolables y dejaba de estar cercada”. Irradiaba un encanto que le tranquilizaba y le producía “un sentimiento de libertad”. Se sentía, a la vez, aislado y protegido. Y, además, le procuraba un sueño poético, “aterciopelado”, y un despertar sereno.⁵

Notas

¹ “Les déchiffreurs. Voyages en mathématiques”, *Le Monde* 2, 24 de enero de 2009, p. 29. ² Citado por Elena Gretchanaia y Catherine Viollet, “Si tu lis jamais ce journal”, op. cit., p. 204 (17 de septiembre de 1821). ³ Marcel Proust, *Du côté de chez Swann*, op. cit., p. 4. ⁴ Id., *À l'ombre des jeunes filles en fleurs*, op. cit., p. 666. ⁵ Id., *Le Côte de Guermantes*, en *À la recherche du temps perdu*, op. cit., tomo II, 1978, p. 82 y ss.

TRES LADRONES DE DOS REBOZOS

En el Pueb.^o de Villa Longin a los onse días del mes de Dbre de mil ochocientos treinta y dos yo el Ciud.^{no} José Anselmo Ramos Alc.^e único Constitucional y Jues de primera instancia de dha. Villa digo: que por cuanto en este instante que serán a las cinco de la tarde se me dio noticia por D.^a M.^a Guadalupe de Leon que en su casa le robaron dos rebosos que estaban tendidos en el patio, el dia de hoy como á las sinco de la tarde y los que executaron el robo fueron tres hombres que uno de ellos se á aprendido en la ciudad de Leona vicario, mando poner este en cavesa de proceso y que para el descubrim.^{to} de los reos é impocision y con digno castigo, se pone por mi a la mencionada casa á examinar los testigos que pudieron ser sabedores del echo y practicar cuantas dilig.^{as} fueren necesarias.

Ynmediatam.^{te} yo el nominado Alc.^e habiendo pasado con los testigos de mi ass.^a a la casa de D.^a M.^a Guadalupe de Leon, me hicieron presente dos rebosos que se habían robado tres hombres ignoran sus nombres, apelativos, y que uno de dhos. rebosos es de dha. Guadalupe y ... otro, porque uno de los rebosos que presentó no es suyo, que ... lo hayan robado en otra parte, cuyo valor de los dos rebosos, es el de tres pesos.

Ynmediatam.^{te} hise comparecer a D.^a M.^a Guadalupe de Leon a quien le recivi juram.^{to} que lo hizo por D.^s nro. Sr. y una señal de Crus bajo cuyo cargo ofreció decir verdad en lo que supiere y fuere preguntado y siendo sobre su nombre, edad, vecindad y oficio, dixo: llamarse como tiene dicho, mayor de cinquenta años, vecino de esta villa y de oficio traficante preguntada sobre el robo que le infirieron dijo como lo sabe, en que dia, hora y como le infirieron el robo y que cuente cuanto sepa en el asunto y que personas se hallaron presentes o tengan noticia del echo, Dixo: que en este dia como a las cuatro de la tarde tenia tendido dos rebosos uno de lana y otro de algodón, en el patio de su casa, que los acababa de labar y los estaba cuidando una S.^a ya mayor llamada M.^a Isabel Martines y que estando lavando la que declara, más ropa en la asequia, le fue avisar la cuidadora que havian arrebatado los rebosos tres hombres, dos iban cobijados con unas frazaditas y el otro llevaba cobijado una sabanita por lo que la declarante se fue a seguir los malechores y bajando por la orilla de la loma del barrio de el Agua Chiquita, en contro a Juan de los Reyes que le dio rason que los hombres por quienes preguntaba, según

las señas habían subido p.^a la garita y subiendo la loma deviso los tres individuos que iban subiendo la loma arriba del ojo del agua de la ciudad, y llen-do en su persecución la dha. declarante, bajó por el Barrio de Guanajuato y al subir un callejón, devisó al de la sabanita que iba bajando por la orilla de un barranquito, y los otros dos habían quedado mas atrás, y estando parado en la esquina de dho. Callejón en la puerta de su casa un señor que le dijeron llamarse D. Anselmo Ramos a quien le pidió auxilio y este salió con un palo y le dixo a la declarante q.^e le hablara a D. Jesus Gonsales, quien tamvien le pidió auxilio y ambos fueron alcanzar al malhechor en la esquina de otro callejón que está inmediato en donde el dho. Malhechor se metió a una casa y allí largo los rebosos, y los que auxiliaban a la que delcara, le preguntaron al malhechor por los dos. rebosos, respondió que no llevaba nada hablando insolencias y por que se resistía de salir de dha. casa lo echaron fuera a fuerzas y le dieron unos palos, e inmediateam.^{te} le dieron aviso al encargado de Just.^a de aquel Barrio.

AMS, PM, c 77/1, e 43.

AVISO IMPORTANTE

Las opiniones expuestas en la *Gazeta del Saltillo* son responsabilidad única y exclusiva de los autores y no reflejan necesariamente la visión que sobre los temas tratados tiene el Archivo Municipal o sustentan las autoridades en funciones del municipio de Saltillo.

La *Gazeta* es una publicación plural, respetuosa tanto del trabajo que hacen quienes se dedican a la historiografía como de las personas que amablemente frecuentan sus páginas. Por lo tanto estamos abiertos a cualquier comentario, sugerencia, crítica o enmienda que desee aportarse con respecto a los materiales publicados.

Cuando lo consideremos necesario publicaremos las aportaciones que quieran hacernos por escrito, siempre que mantengan el tono de respeto tanto hacia nuestros colaboradores como hacia nuestros lectores y demuestren un sincero afán de hacer una aportación útil al tema o problema en cuestión.

En el directorio se encuentran el domicilio y el correo electrónico a los que pueden dirigir sus observaciones.

De antemano les damos las gracias. / EL EDITOR

LOS AFANES DE UNA CASA



AMS, Fototeca, c 7.1, p 22, f 26.

Todos en Saltillo conocen este edificio. Muchos han escuchado su historia de un modo o de otro y tal vez algunos hayan leído la biografía de su primer dueño, escrita por una de sus nietas, pero estoy seguro que nadie o casi nadie se ha detenido ante esta fachada sin preguntarse con cierta perplejidad:

—¿Qué hace este edificio aquí?

Y con “aquí” no nos estamos refiriendo a la calle, ni al barrio, ni a la ciudad, ni a la región, sino al país mismo. Un inmueble de estas características sería fácilmente ubicable en alguna ciudad inglesa o irlandesa, e incluso en alguna antigua barriada de las ciudades más viejas y conservadoras de Estados Unidos, pero ¿en Saltillo?

Este edificio tan vertical, tan austero, tan geométrico, que pareciera ser una agresiva réplica protes-

tante de su efusivamente barroca y católica vecina, la Catedral de Saltillo, toda arabescos, garigoleos y filorituras que parece que fuera a caernos encima con su sobresaturado frontispicio.

A la Casa Purcell le ocurre lo mismo que a la antigua Estación del Golfo, que está en Monterrey, convertida como la Casa Purcell en un recinto cultural. Son demasiado anglosajonas, austeras y sólidas para estar en el lugar que ocupan. Y sin embargo, nuestro paisaje urbano no puede prescindir de su austera fábrica. Nosotros, los saltillenses, vemos en esta casa un monumento a los esfuerzos de los extranjeros que vinieron a buscar fortuna por estos lares.

¿Qué quedó del espíritu aventurero y emprendedor de don Guillermo Purcell? Una enorme casa y cuatro hijas solteronas y, a decir verdad, nadie se atrevería a meterse ahí, con eso... / *Jesús de León.*

MÁS BARATO QUE PIRATA

Por último y para terminar ya con todas estas objeciones estamos ante un documento ignoto que fue encontrado casi por azar en las bodegas del Archivo Municipal de Saltillo. ¿Cómo terminó allí? No me pregunten, yo no tengo las llaves de la bodega y tampoco sé cómo es que yo acabé metiéndome en este mitote. ¿Qué tiene que ver el Archivo Municipal con la presentación de este disco hecho por un escritor? Lo mismo que tenía que hacer una caja llena de estos discos en la bodega del Archivo Municipal. No tiene absolutamente nada que hacer, pero algo había que hacer. Necesitamos espacio en la bodega. Espero que se diviertan y puedan adquirir el disco de José Agustín más barato que si fuera pirata. / *EL EDITOR.*